



HÉROES

Los muertos del 11 de septiembre son más limpios, más higiénicos y admirables que los nuestros

*¿Podría sentir tus brazos a mi alrededor?
¿Podría sentir tu sangre mezclada con la mía?*
Bruce Springsteen. «The Rising»

CASI siempre los héroes son desconocidos. Algunas veces, muchas, el héroe está muerto, pero deja aquí a alguien que lo recuerda. Esto pienso mientras escucho las canciones que Springsteen hizo tras el 11S y me tiemblan las manos en el ordenador. Tengo que parar cuando escucho *Into the Fire*. Cada vez me conmueve más esa canción. Los héroes están ahí, nos rozan cuando nos los cruzamos en la calle. Nos dan los buenos días en la cola del pan.

Yo les quiero hablar de Ana, a la que imaginé ayer viendo periódicos y reportajes de televisión sobre el derrumbe de las Torre Gemelas. Retiró la mirada de los periódicos una y otra vez, apagó la televisión otras tantas, harta de ver cómo dos aviones se estampaban contra las torres. No puso la radio. ¿Para qué?, pensó. No hay nada nuevo. Todo está dicho. Y los muertos no vuelven más que en las ensoñaciones y las películas de Almodóvar. A Ana el 11-S le es muy lejano. Nunca ha estado en Nueva York, ni cree que vaya a estar. Vive en una ciudad del País Vasco. Su marido era policía nacional, y ETA lo asesinó cuando él tenía 35 años, ella, uno menos, y los niños, cuatro el mayor y dos la pequeña. Este es su 11-S particular. Siempre es 11 de septiembre para ella. Lo nota todos los días, sobre todo cuando sola y muy temprano prepara el primer café. A Ana todo este exceso de palabras e imágenes se le antoja desmedido, una locura. Cree que los españoles somos muy peculiares, buena gente y sencillos; que somos capaces de congobernarnos con el dolor de los otros, los que están lejos, y menos con los que tenemos cerca. De su marido, y de otros maridos, nadie habla. Y cuando se habla el color sepia de la distancia y la rutina invade todas las memorias. Eso pasó hace mucho, piensa Ana que pensamos los demás. Y tiene razón.

Los muertos del 11-S son más limpios, más higiénicos y admirables que los nuestros. Ana se conmueve viendo cómo las gentes de Nueva York ponen su mano en el corazón mientras lloran a sus muertos. Y entonces echa de menos algo parecido a eso, pero aquí, en su país. Algo que recuerde que tuvo un marido. No quiere justicia, no la hay para una mujer que ha hecho de todos los días del calendario el once de septiembre. No quiere venganza, hace ya muchos años que no la desea. Quiere un recuerdo que le ayude a llevar una muerte que debería ser un poco de todos. Ana, a estas alturas de su vida, sabe que los héroes pueden ganar o perder, pero que jamás abandonan el combate. Y ahí sigue ella. Frente a la pantalla del televisor. Viendo y escuchando la muerte de otros. La vida de los demás mientras prepara su segundo café.